

El pueblo quiere más.

No es pedir por pedir y que no se conformen con lo que se le da. La situación es otra y a pesar de las “escuchas de la gente”, aún no hay sintonía con lo que se requiere. Seguimos viviendo en los castillos de la Francia medieval, rodeados de los cortesanos que dicen amén a todos y que interpretan la realidad desde la comodidad de sus amplios divanes y engolosinados con el poder. Sus gabanes son aterciopelados y los cinturones hay que hacerles nuevos orificios pues han engordado bastante en el último tiempo.

No logran escuchar el clamor de aquellos que se han apostado frente a las enormes rejas custodiadas por la guardia real, armada hasta los dientes con arcabuces y lanzas, acompañados de una caballería dispuesta a arrasar con todos.

La pared humana de militares les impide observar y parece no interesarles hacerlo pues se sienten protegidos en sus privilegios.

Sólo es cosa asomarse a las ventanas y mirar un poco. ¿Tanto cuesta ver la súplica en la mirada de los ancianos, en la flaqueza de la gente, en la mendicidad de sus ropajes, en el desgaste de sus zapatos de tanto caminar, en las escuálidas bolsas con sus productos?

El mensaje de Piñera pidiendo perdón ha sido aplaudido desde los balcones del castillo como si estuviera regalando caramelos a la gente. Se le han hecho propuestas serias que ha evaluado con extrema discreción y en base a ellas aprieta las arcas fiscales y nada dice de los temas estructurales que han fallado y que requieren cambio. Falta compromiso de verdad, correr riesgo, la valentía de mostrar la cara de clase media y progresista que declaró representar.

¿No se dan cuenta que el pueblo quiere más? Y no es que esté angurriente sino hambriento. El hambre de justicia que lleva el ser reconocido como ser pensante, productor y generador de recursos, que por ese desempeño reciba una justa remuneración y que no sean los oligarcas nobles los que lo utilicen para su exclusivo beneficio. Que los hijos no tengan que vivir como sirvientes o prestar servicios al rey para pagar sus endeudamientos. Que pueda vivir sin temor a perder sus casas, de descansar al final de la jornada y disfrutar de la ancianidad con remedios y no con pócimas, y que pueda morir gozando, al menos una vez, como lo han disfrutado permanentemente en palacio.

Si a pesar de haber oído a la gente sigue aceptando el comidillo de sus cardenales, el grito de furia será mayor. Sin duda algún asesor considerará que será bueno para que las tropas puedan hacer ejercicio.